

suponían admirando su gracia; pero mejor que ninguna dama, sabía Emilia que triunfaba entre todas las dotes del vizconde de Longueville la firmeza de carácter, prenda en que la mujer prudente cifra su felicidad. Contempló furtivamente al almirante, quien, según su expresión familiar, parecía fuerte para aguantarse aun por mucho tiempo á bordo de su existencia, y maldijo los errores en que había amamantado su infancia.

Turbó sus reflexiones el señor de Persépolis, diciéndole con gracejo episcopal: «Mi linda dama, se ha descartado usted del rey de oros y he ganado. Pero no sintáis la pérdida de vuestro dinero; lo reservo para mis pobres seminario.»

París, diciembre 18.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.M.

LA BOLSA

Á SOFKA

¿No ha observado usted, señorita, que los pintores y escultores de la edad media han impreso siempre una semejanza filial á las dos figuras que colocaban en adoración á los pies de una hermosa santa? Viendo su nombre entre los que me son queridos, y á cuya protección fio mis obras, recuerde usted la afectuosa armonía que invoco, y encontrará, no un homenaje en esta memoria, sino la expresión del fraternal cariño que le profesa,

Su servidor,

DE BALZAC.

Hay, para las almas que se impresionan fácilmente, una hora deliciosa, que suele ser aquella en que la noche no ha llegado aún y en que el día se ha extinguido ya; el resplandor crepuscular comunica entonces sus tintas suaves ó sus reflejos extraordinarios á todos los objetos, y favorece el ensueño que se confunde vagamente con los matices de la sombra y de la luz. El silencio que reina casi siempre en ese instante contribuye á hacerle grato, particularmente á los artistas, quienes, apartándose algunos pasos de las obras en que ya no pueden trabajar, se recogen en sí mismos, y se apoderan, embriagados, del sentimiento de sus concepciones, que se presenta entonces brillante á los ojos interiores del genio. Es necesario haberse abstraído en momentos tales cerca de un ser amado para comprender las ventajas que reportan á la fantasía. A favor de la penumbra, los artificios

materiales empleados por el arte para hacer creer en realidades, desaparecen por completo. Si se trata de un cuadro, los personajes que representa parece que se mueven, que razonan; la obscuridad es tenebrosa, y el resplandor, día; la carne se agita; los ojos tienen expresión; la sangre circula por las venas, y adquieren reflejo brillante las telas. La imaginación vivifica la obra en todos sus pormenores, y no ven más que bellezas en el conjunto. La ilusión impera despóticamente, y es que acaso vive con la noche. Pues ¿qué? ¿no es noche la ilusión que poblamos nosotros de sueños? La ilusión tiende entonces sus alas, arrebatada al espíritu á las regiones fantásticas, fértiles en voluptuosas ideas, y donde el artista olvida el mundo en que vive, lo pasado, lo presente, lo porvenir y sus miserias todas risueñas ó tristes.

En hora tan mágica, un pintor joven, talentoso, enamorado del arte, se hallaba subido en lo alto de una escala de que se servía para pintar una inmensa tela casi concluida. Buscando los defectos y admirando sinceramente su inspiración, abandonándose á sus reflexiones, perdíase en meditación profunda, arrobando el alma, ennobleciéndola con ese sentimiento que la arrulla y consuela. Su sueño duró largo rato. Vino la noche. Y sea que tratase de bajar de la escala, ya que hiciese un falso movimiento, figurándose que pisaba tierra firme (no recordó luego la causa del accidente), cayó de bruces, dando de cabeza contra un taburete y perdiendo el conocimiento, con lo cual permaneció inmóvil durante un intervalo inapreciable. Sacóle de su estupor una voz dulce, y cuando abrió los ojos obligósele á cerrar la luz viva que llenaba el estudio; á pesar del entorpecimiento de sus sentidos, oyó el cuchicheo de dos mujeres y sintió que dos manos tiernas y tímidas sostenían su cabeza. Cuando recobró el conocimiento pudo distinguir, á la luz de uno de esos viejos velones llamados de *doble corriente de aire*, la cabeza más deliciosa de mujer, que hasta entonces se presentara á sus ojos, una de esas cabezas que en los cuadros parecen capricho del pintor, pero que se le ofreció de improviso como resumen del ideal de belleza soñado por cada artista y que le abre las puertas de la gloria. Pertenece el rostro de la desconocida, puede decirse así, al tipo fino creado por la escuela de Prudhon, y embelleció esa inspiración poética con que Girodet presentaba sus figuras. La frescura de sus sienes, la igualdad de sus cejas, lo puro de las líneas, el sello

de virgen vigorosamente impreso en todos los rasgos de la fisonomía, presentaban á aquella joven como suma de perfección. El talle era delgado, flexible; la forma sutil. Su vestido, sencillo y apropiado al cuerpo, no acusaba pobreza ni ostentación. Volviendo en sí, la mirada del pintor admirado habló de su sorpresa, y su boca balbuceó las gracias confusamente. Notó que le apretaba la sien un pañuelo, y venciendo al olor característico en los talleres, hirióle el olfato la fortaleza del éter, que emplearon, sin duda, para sacarle de aquel desvanecimiento. Al fin distinguió la figura de una anciana que se parecía á las marquesas del antiguo régimen, y que sostenía la luz, dando al mismo tiempo instrucciones á la desconocida.

—Señor—repuso la joven, contestando á la pregunta hecha por el artista, embargado aún por la incoherencia en que la emoción del golpe mantenía sus ideas todas,—mi madre y yo hemos oído el golpe que ha dado usted al caer y el rumor de la queja. El silencio subsiguiente nos ha alarmado, creyéndonos obligadas por ello á subir. La llave, que estaba en la cerradura, nos permitió entrar, encontrándole á usted aletargado en el suelo, y privado de movimiento. Mi madre ha traído todo lo necesario para estancar la sangre y reanimarle á usted. Está usted herido en la frente, aquí, ¿le duele?

—Sí, ahora sí—dijo.

—No será nada—replicó la madre.—Felizmente, la cabeza ha chocado contra este maniquí.

—Me encuentro mucho más aliviado—respondió el pintor—y no necesito más que un coche para ir á casa. La portera se encargará de buscarlo.

Quiso reiterar su agradecimiento á las desconocidas; pero le interrumpió la vieja, diciendo:

—Tenga usted cuidado de que le apliquen mañana unas sanguijuelas; si no haga usted que le sangren; beba usted tazas de vulneraria; cúdese usted, señor; las caídas son peligrosas.

Observó á hurtadillas la joven al pintor y los cuadros del taller. Su aspecto y sus miradas acusaban una discreción irreprochable; parecía más distraída que curiosa y leía en sus ojos el interés que, á modo de sentimiento espontáneo y gracioso, consagran siempre las mujeres á todo infortunio. No hacían las desconocidas caso de los cuadros para consagrar toda su atención al paciente. Cuando él las tranquilizó,

salieron del estudio, después de reconocerlo con solicitud que no era familiar ni fingida, sin hacerle preguntas indiscretas y sin tratar de inspirarle el deseo de conocerlas. Aquella acción natural no podía revelar más buen gusto y mayor delicadeza. Sus modales nobles y sencillos no conmovieron gran cosa en un principio al artista, pero le hirieron vivamente más tarde cuando recordó todos los pormenores de su aventura. Al llegar al piso inferior, la anciana exclamó cariñosamente:

—No has cerrado la puerta, Adelaida.

—Con la prisa de venir en mi socorro...—replicó el pintor sonriendo agradecido.

—Usted ha bajado en seguida, madre—dijo la joven ruborizándose.

—¿Quiere usted que le acompañemos hasta abajo?—preguntó la madre al pintor.—La escalera está oscura.

—Muchas gracias, señora. Me encuentro perfectamente.

—Cójase bien al pasamanos.

Continuaron las dos mujeres en la meseta de la escalera para alumbrar al joven, mientras oyeron el rumor de sus pasos.

Para que se comprenda todo lo que esta escena podía tener de sugestivo é inesperado para el pintor, conviene decir que sólo hacía algunos días que ocupaba los altos de aquella casa, situada en el lugar más oscuro y sucio de la calle de Suresnes, delante casi de la iglesia de la Magdalena, y á dos pasos de su habitación, que se encontraba en la calle de los Campos Elíseos. No sentía ya estrecheces, gracias á la notoriedad de su talento, que le había conquistado uno de los renombres más estimables en Francia, y gozaba ahora, según decía, de sus últimas miserias. En vez de tomar uno de los talleres que se encuentran cerca de los portazgos, y cuyo alquiler estaba antes en relación de los beneficios logrados, satisfacía así uno de sus deseos más persistentes evitándose un largo rodeo y la pérdida del tiempo que era para él precioso. Nadie hubiera inspirado tanto interés como Hipólito Schinner, si á él no le repugnara el prodigarse; pero era hombre cauto en confiar sus secretos. A costa de muy duras privaciones le había educado su madre, pobre mujer, que le adoraba como á un ídolo. La señorita Schinner, hija de un colono alsaciano, no se había casado nunca. Uno de esos ricos sin conciencia en materia de amor, hirió cruel-

mente su alma delicada. El día en que, moza, esplendente de hermosura, y en la flor de su juventud, sufrió, atormentada en su corazón y á costa de sus más bellas ilusiones, el desencanto que nos mata, primero tan lentamente, con tanta celeridad después, porque nos cuesta mucho creer en el triunfo del mal y se nos figura que ha llamado á nuestras puertas con demasiada prontitud, dicho día fué para ella un siglo de reflexiones, y confortó su espíritu en los sentimientos religiosos y en la resignación. Rechazó las limosnas del seductor, renunció á la consideración de las gentes, y quiso santificar su falta: entregóse sin reservas al amor maternal, pidiéndole en cambio á ese cariño todos los goces que renunciaba en la sociedad. Vivió de su trabajo, pensando que no había para ella más tesoro que su hijo. Y en un día, en una hora, le recompensó él, más tarde, los múltiples y continuados sacrificios de su pobreza: condecoróse en la última exposición con la cruz de la Legión de honor. Todavía resonaba el eco del elogio sincero que le prodigaron los periódicos juzgando unánimemente aquel talento desconocido. Los mismos artistas le tuvieron por adelantado, y los compradores de cuadros le favorecieron con sus demandas. A los veinticinco años, Hipólito Schinner, que había heredado de su madre el alma delicada, comprendía perfectamente cuál era su situación. Queriendo devolver á la buena señora las satisfacciones de que la sociedad le tenía privada durante tanto tiempo, no vivía sino para ella, con la esperanza de verla, regalándole gloria y fortuna, dichosa, rica, considerada, viviendo entre hombres célebres. Buen cuidado tenía, pues, Schinner en elegir amigos entre las personas más distinguidas y respetables, y en consolidar su posición, con tanto talento cimentada, siendo exigente en sus relaciones. Acostumbróse á la soledad su madre, y gracias á esto y á haberse consagrado al trabajo desde sus más cortos años, conservó íntegras las adorables creencias de la infancia. No faltaba en su alma adolescente una sola de las delicadezas propias de los caracteres enteros, y que contribuyen á hacer de un joven un ser extraordinario, cuyo corazón abunda en felicidades, en poesías, en esperanzas vírgenes, débiles á los ojos de las gentes rebajadas, pero profundas porque son sencillas. Estaba dotado de los rasgos distintivos, agradables, cultos, que tanto honran á quien los posee y que atraen hasta á quien menos los comprende. Nada faltaba en su na-

turalidad. Su voz era cariñosa, y despertaba en los demás nobles sentimientos; lo candoroso del acento hablaba en favor de la modestia del hombre. Sentíanse atraídos los que le miraban por uno de esos impulsos que, afortunadamente, no saben analizar los sabios; dijeran ellos que obedecían á cualquier fenómeno de galvanismo ó al juego de no sé qué fluido y formularían nuestros sentimientos por ciertas proporciones combinadas de oxígeno y electricidad. Comprenderán con estos pormenores, tanto los frívolos como los sesudos, que durante la ausencia del portero á quien mandó en busca de un carruaje hacia el extremo de la calle de la Magdalena, no pidiese noticias Hipólito Schinner á la portera, referente á las dos personas de buen corazón que se habían desvelado por su salud. Pero aunque sólo contestara por monosílabos á las preguntas, naturales en parecidos casos, que la susodicha mujer hacía acerca del percance y de la intervención oficiosa de las vecinas que ocupaban el cuarto, no pudo evitar que aquélla obedeciese al instinto de todas las de su condición y que hablase de las desconocidas, según su conveniencia y conforme á los solapados juicios de la portera.

—¡Ah! se trata sin duda de la señorita Leseigneur y su madre, que viven en la casa desde hace cuatro años. Aun no sabemos en qué se ocupan esas señoras. Por la mañana, hasta el mediodía, les sirve una criada medio sorda y que no habla más que una pared; por la tarde se presentan dos ó tres ancianos, condecorados como usted, y uno de los cuales lleva un tren lujoso y luce lacayos, gracias á su renta de sesenta mil libras. Son inquilinas pacíficas, como usted, caballero. Además, se las tiene por económicas, viven con poco y pagan sus letras á la vista. Lo chusco, señor, es que la madre no se llama como la hija. ¡Ah! Cuando van á las Tullerías, la señorita está deslumbradora, y no sale una sola vez sin que la sigan algunos jóvenes, á quienes da con la puerta en las narices, y hace muy bien. El propietario no consentiría...

Como en estas llegase el coche, Hipólito no oyó palabra más. Dirigióse á casa. Su madre, á quien contó el suceso, curó la herida, y no quiso que al día siguiente volviera al taller. Prescribiéronsele, en consulta, varios remedios, y tuvo que permanecer tres días en sus habitaciones. Durante la reclusión forzosa reprodujole la memoria todos los incidentes

de la escena que siguió á su desmayo. El perfil de la joven destacábase vivamente de las sombras en la visión íntima: volvía á ver el rostro apagado de la madre ó le parecía sentir aún el roce de las manos de Adelaida; se apoderaba del gesto que no le había impresionado al pronto, y cuyas gracias exquisitas tomaron relieve, esfumadas en la penumbra del recuerdo; después representábasele la actitud y resonaban los sonidos de la voz melodiosa que embellecía el recuerdo presentándose de improviso, como ocurre con los objetos que se sumergen en el fondo de las aguas y suben poco después á la superficie. Volvió temprano al taller, en cuanto pudo dedicarse á sus tareas; pero la causa de su impaciencia estaba en el deseo de visitar á las vecinas, y no en los cuadros, de que no se acordaba casi. Sentimos ciertos goces inexplicables cuando la pasión rompió á hablar en lo íntimo de nuestro ser: esto no lo comprenden sino los que se han enamorado. Así no faltará quien sepa por qué subió el pintor lentamente los tramos del último piso, y quien adivine las pulsaciones aceleradas con que le latía el corazón cuando estuvo delante de la obscura puerta que cerraba el modestísimo cuarto de la señorita Leseigneur. Aquella pobre muchacha, despojada del nombre de la madre, ganó todas sus simpatías, pensando que eran casi iguales las circunstancias de su respectiva posición, y aun suponiéndola víctima del mismo mal de nacimiento. Mientras trabajaba, complaciábase Hipólito en entregarse á pensamientos amorosos, y en hacer ruido, revolviendo objetos para que las damas pensasen en él, como él pensaba en ellas. Permaneció hasta muy tarde en el taller, comió allí, y bajó, cerca ya de las siete, á casa de sus vecinas.

Ningún pintor de costumbres se ha atrevido, por pudorosa delicadeza quizás, á iniciarnos en las intimidades verdaderamente curiosas de algunos espíritus parisienses, ni á revelarnos el secreto de las habitaciones, de donde salen tan sorprendentes y elegantes tocados y mujeres tan fastuosas que, pareciendo ricas en la exterioridad, descubren una fortuna vergonzante en los más simples pormenores de su casa. Si la pintura que aquí se hace revela un dibujo exageradamente franco, si pareciera de proporciones excesivas, no se achaque á defectos de descripción, que forma, por decirlo así, parte de la historia; pues el aspecto de la casa influyó mucho en los sentimientos y en las esperanzas de Hipólito Schinner.

Pertenecía el edificio á uno de esos propietarios, enemigos de reparar ni embellecer sus fincas; uno de esos hombres para quienes el poseer casas en París constituye un estado social. Hay que clasificarlos en la espesa red de especios morales como anillos intermedios entre el usurero y el avaro. Optimistas por cálculo, permanecen fieles al *statu quo* del Austria. Si se les habla de cambiar de sitio un lienzo ó una puerta, de abrir el más útil de los respiraderos, su pupila se enciende, se les exalta la bilis y se encabritan como caballos espantados. Cuando el viento desmorona sus chimeneas, caen enfermos, y se privan de ir al teatro, economizando para las reparaciones. A Hipólito, que había gozado *gratis* de una escena cómica con el señor Molineux, á propósito de ciertas reformas que le pidió, no le causaron extrañeza los tonos negros y pringosos, las tintas aceitosas, las manchas y los demás accesorios, en extremo desagradables, que decoraban las paredes. Estos padrones de miseria tienen su encanto para los artistas.

La propia señorita Leseigneur fué quien abrió la puerta. Saludó al visitante, y con destreza puramente parisiense y la presencia de ánimo que el mismo orgullo proporciona, volvióse para cerrar las vidrieras á través de las cuales podía Hipólito haberse fijado en la ropa blanca tendida en cuerdas sobre los hornillos económicos, en el catre de tijera, el fuego, el carbón, las planchas para la ropa, el grifo de agua viva, la vajilla y todos los utensilios de cocina. Cortinajes de muselina muy limpios ocultaban de un modo cuidadoso aquel *capharnaüm*, frase que estaba en boga para designar familiarmente aquella especie de laboratorios, frase, en realidad torpemente recogida durante los días tristes, pasados á merced de una corte vecina. Con el golpe de vista peculiar á los inteligentes, Hipólito descubrió el uso, los muebles, el conjunto y el estado de esta primera pieza, dividida en dos partes. La más decente, á la vez recibimiento y comedor, estaba empapelada de un antiguo papel rosáceo con cinta de terciopelo en los bordes, fabricado indudablemente por Reveillon; algunas obleas disimulaban hasta cierto punto los lamparones y los agujeros. Adornaban, en proporciones simétricas, las paredes algunas estampas que representaban los combates de Alejandro, por Lebrún, y cuyos cuadros habían perdido el oro de los marcos á fuerza de uso. Véase en medio una mesa de caoba, pesada, de estilo anticuado y

de bordes que acusaban un respetable servicio. Casi no se notaba el tubo recto de la estufilla colocada sobre la chimenea cuyo hogar ocupaba un armario. Era sorprendente el contraste de las sillas que presentaban reminiscencias de perdido esplendor: eran de caoba cincelada; pero el rojo taflete del asiento, los clavos dorados y los flecos mostraban tantas cicatrices como los viejos sargentos de la guardia imperial. Servía tal pieza de museo á determinados objetos que sólo es posible encontrar en estos hogares híbridos, objetos sin nombre, propios á la vez del lujo y de la miseria. Entre otras curiosidades, observó Hipólito un antejo de larga vista, magníficamente adornado y colocado sobre la verdosa luna del espejo que decoraba la chimenea. Había, entre ésta y el tabique, para casar mobiliario tan extraño, un triste aparador pintado de nogal, madera cuyo color es el que más difícilmente se imita. Pero el ladrillo encarnado y resbaladizo, las menguadas albombras puestas delante de las sillas, los muebles, todo relucía y brillaba con el aseo adquirido á fuerza de puños, que presta un falso lustre á los enseres viejos, denunciando así mejor sus defectos, su antigüedad y sus campañas. Llenaba el ambiente un olor indefinible, que provenía de las múltiples exhalaciones de aquel revoltijo, mezcladas con los vapores que se escapaban del comedor y los que subían de la escalera; la ventana estaba entreabierta, y el viento de la calle agitaba las cortinas de percal, cuidadosamente tendidas para encubrir el vano de la puerta donde anteriores vecinos habían dejado rastros de su presencia, haciendo varias incrustaciones á modo de frescos domésticos. Adelaida abrió apresuradamente la pieza contigua, é introdujo, complacida, al pintor. Contempló Hipólito todos aquellos signos de indigencia, que, en días ya lejanos, vió también en casa de su madre, con la singular emoción, con la intensidad con que se graban las primeras imágenes sensibles en nuestra memoria, y se apoderó, como pocos lo habrían hecho, de los pormenores íntimos de aquel hogar. Recordando las cosas que había poseído en su infancia, no miró el excelente joven con desprecio la desventura que ocultaban aquéllas, ni se sintió orgulloso por el lujo que acababa de conquistar para su madre.

—¿Qué tal, caballero? ¿No se resiente usted ya de la caída?—le preguntó la anciana, levantándose de la poltrona colocada al lado de la chimenea y ofreciéndole un sillón.

—No, señora, y vengo á darles las gracias por sus atenciones, especialmente á esta señorita que oyó el ruido que hice al dar de bruces.

Dijo esta frase Hipólito con el adorable embarazo que sienten las almas conmovidas por las primeras turbaciones del amor verdadero, y mirandó á la joven. Adelaida estaba encendiendo un velón, sin duda para ocultar la vela colocada en un candelero de cobre y que tenía á modo de adornos algunos canelones formados por la cera que había ardido con excesiva celeridad. Saludó ligeramente, fué á dejar la palmaria en el recibidor y volvió luego á sentarse al lado de su madre, no sin dejar primero la lámpara sobre la chimenea; colocóse algo apartada del pintor con el objeto de poder mirarlo á su gusto, aparentando estar muy preocupada con la lámpara, pues la luz, combatida por la humedad del vidrio empañado, chisporroteaba en lucha con una mecha negra, que recortaron torpemente. Valiéndose del gran espejo que adornaba la chimenea, Hipólito devoró con los ojos á Adelaida. La leve astucia de la joven no sirvió, pues, sino para embazarles más. Hablando con la señora Leseigneur, así la llamó Hipólito á la ventura, examinó el salón, pero como con indiferencia y á hurtadillas. Casi no se distinguían las figuras egipcias de los relieves de hierro en el hogar lleno de cenizas, donde parecían querer unirse dos tizones delante de un falso tronco de carbón enterrado tan cuidadosamente como puede estarlo el tesoro del avaro. Una alfombra antigua de Aubusson muy remendada y tan estropeada como la ropa de un inválido, no cubría todo el pavimento cuya frialdad sentían los pies. Las paredes estaban empapeladas con papel rojizo, figurando una tela con dibujos amarillentos. En medio de la pared opuesta á la de las ventanas vió el pintor una hendidura y los agujeros hechos en el empapelado por las puertas de la alcoba donde se acostaba, sin duda, la señora Leseigneur, y que disimulaba muy mal un canapé. Frente á la chimenea, sobre la cómoda de nogal, en cuyos adornos no faltaban riqueza ni gusto, hallábase el retrato de un militar de alta graduación, que la luz escasa no permitía al pintor distinguir, pero por lo poco que pudo ver conjeturó que aquel horrible mamarracho debía haber sido pintado en la China. En las ventanas, las cortinas de seda roja estaban descoloridas como el mueblaje de tapicería amarilla ó encarnada de este salón de doble servicio. Encima del mármol de la

cómoda y colocadas en preciosa bandeja de malaquita, destacábanse una docena de tazas de café, de magnífica pintura, y que parecían de Sevres. Sobre la chimenea levantábase el eterno reloj figurando un guerrero guiando los cuatro caballos de un carro cuya rueda lleva en cada rayo la cifra de las horas. El humo había amarilleado las bujías de las lámparas, y en cada rincón de la habitación veíase un jarrón de porcelana coronado de flores artificiales llenas de polvo y guarnecidas de musgo. Había en el centro una mesa de juego aderezada con cartas nuevas. Presentaba no sé qué desolación el espectáculo de esta miseria disfrazada como una vieja que llena de afeites su cara para que mienta los años. Observando todo aquello, el hombre de buen sentido tenía que formar este dilema: ó son estas dos mujeres la probidad misma ó viven forjando intrigas ó del juego. Pero delante de Adelaida era imposible que joven tan puro como Schinner no creyese en la más acrisolada inocencia que explicase satisfactoriamente las incoherencias del mobiliario, buscando los motivos más honrosos.

—Tengo frío, hija mía—dijo la anciana;—enciende un poco de fuego y dame el chal.

Adelaida fué á una habitación contigua, acaso su dormitorio, y volvió con el chal de cachemira que, nuevo, debió ser de gran valor, pues los dibujos eran indios; pero, viejo, sin brillo, descubriendo los zurcidos, armonizaba con lo demás de la estancia. Arropóse la señora Leseigneur muy artísticamente y con la destreza propia en una vieja que se empeña en obligar á reconocer la certidumbre de sus palabras. La joven corrió presurosamente á la carbonera y reapareció con un puñado de leña, que arrojó al fuego para reanimarlo.

Fuera difícil traducir el coloquio sostenido entre estas tres personas. Con el tacto que afinan casi siempre las desventuras sufridas en la infancia, Hipólito no osaba aventurar la observación más leve respecto de la posición de sus vecinas, viendo en su rededor las señales de la penuria, por cierto muy mal disimuladas. Hubiera sido indiscreta la pregunta más simple, que sólo correspondía si se tratara de una amistad ya vieja. Pero como preocupaba profundamente al pintor aquella miseria oculta, su alma generosa sufría; sabiendo lo que todo impulso piadoso, aun el más noble, puede tener de ofensivo, se encontraba mortificado por el desacuerdo que reinaba entre sus palabras y sus ideas.

Las dos damas hablaron al principio de pintura, pues las mujeres adivinan muy bien el secreto embarazo que causa la primer visita; quizás lo sufren también, y la naturaleza de su espíritu agudo les ayuda á romper el hielo. Preguntando al joven acerca de la mecánica de su arte, inquiriendo noticias de sus estudios, Adelaida y su madre consiguieron enardecerle arrastrándole á las confidencias. Los nada indefinidos de su conversación animada y afectuosa condujeron por sus pasos naturales á Hipólito á aventurar dichos y reflexiones que reflejaron la índole de sus costumbres y el ser de su alma. Las pesadumbres marchitaron el rostro de la anciana señora, que había sido acaso bella, prematuramente: no quedaban más que rasgos salientes, los contornos, en una palabra, el esqueleto de fisonomía cuyo conjunto descubría extremada finura y mucha gracia en el movimiento de los ojos, que acusaban la expresión característica en las mujeres de la anterior corte y que de ningún modo se podría definir. Esos rasgos tan finos y sutiles, tanto alcanzarían á denotar sentimientos perversos, la arteria y la astucia femenina en el más alto grado de maldad, como á revelar las delicadezas de un alma hermosa. En efecto, el rostro de la mujer presenta esos peligros para los observadores vulgares: que la diferencia entre la franqueza y la doblez, entre el talento de la intriga y el talento del corazón, es en él imperceptible. El hombre dotado de una vista penetrante adivina esos matices de que es difícil ampararse y producen cierta línea más ó menos curva, cierto hoyuelo más ó menos profundo, cierto relieve más ó menos preeminente ó agudo. La ciencia de tales diagnósticos corresponde por entero al dominio de la intuición, única dote que puede descubrir lo que cada cual está interesado en mantener oculto. Ocurría con el rostro de la anciana lo que con sus habitaciones: parecía tan difícil adivinar si la miseria encubría en ellas una probidad honrosa ó vicios vituperables, como reconocer si la madre de Adelaida era una antigua coqueta acostumbrada á pesarlo, á calcularlo, á venderlo todo, ó mujer amorosa, rica en nobleza y en amables cualidades. Pero á la edad de Schinner, el primer movimiento del ánimo es inclinarse al bien. Así, pues, contemplando la frente noble y casi desdenosa de Adelaida, fijándose en sus ojos vivos, soñadores, respiró, si se me permite, los suaves y delicados perfumes de la virtud. Aprovechó el momento más oportuno del pa-

lique para hablar de los retratos en líneas generales, con el objeto de que le permitiesen ver el espantoso pastel, en que todas las tintas estaban borrosas.

—Les hace conservar á ustedes, sin duda, la pintura esa el parecido, porque el dibujo es ciertamente horroroso—dijo con la mirada fija en Adelaida.

—Se hizo en Calcuta y á toda prisa—respondió la madre con acento conmovido.

Contempló el informe diseño con la profunda y resignada melancolía que levantan los recuerdos, cuando, despertándose en el espíritu, bañan el corazón como rocío fresco que refrigera todas las emociones que nos han sido gratas; pero marcáronse asimismo en su rostro las señales indestructibles de un duelo eterno. Tal hubo de interpretarlo el pintor, quien se sentó entonces junto á la dama.

—Señora—observó,—dentro de poco los colores de este pastel habrán desaparecido por completo. El retrato sólo existirá en su memoria, y donde usted vea la figura que le es grata, los demás ni la sombra podrán distinguir. ¿Quiere usted que traslade el parecido á una tela? quedará más seguro y se conservará mejor que en este papel. Concédame usted, en gracia á nuestra vecindad, la satisfacción de poder servirla. Hay horas en que el artista desea distraer su atención de las grandes concepciones, entreteniéndolo su espíritu en trabajos de más suave empuje; yo encontraré, por tanto, solaz rehaciendo esa cabeza.

Estremecióse la dama oyendo tales razones, y dirigió Adelaida al pintor una de esas miradas recogidas que parecen un disparo del alma. Quería Hipólito crear algún lazo que le permitiera mezclarse en la vida de sus vecinas y pertenecer á su intimidad en cierta manera. No podía hacer otro ni mejor ofrecimiento que tanto interesara á las afecciones íntimas: satisfacía su orgullo de artista, sin mortificar el amor propio de las damas. La señora Leseigneur aceptó sin prisas ni repugnancia, pero sí con la conciencia de las almas grandes que conocen la intensidad de tales lazos y saben cómo atan, siendo magnífico elogio y prueba de estima entre los que así quedan obligados.

—Me parece que este es uniforme de oficial de marina—dijo el pintor.

—Sí—repuso la anciana,—de capitán de navío. El señor de Rouville, mi esposo, murió en Batavia, á consecuencia

de la herida que recibió en combate contra otro buque inglés, con quien tropezó en las costas de Asia. Mandaba una fragata de cincuenta y seis cañones, y el buque enemigo, *Revenge*, noventa y seis. Fué muy desigual la lucha; pero se defendió tan valerosamente, que la mantuvo hasta la noche y pudo escapar. Cuando volví á Francia no estaba Bonaparte aun en el poder y se me negó la pensión. Ultimamente la he solicitado de nuevo, pero el ministro contestó con acritud que si el barón de Rouville hubiese emigrado no le habría yo perdido; que sería ya hoy contraalmirante; en fin, Su Excelencia acabó por oponer á mis reclamaciones no sé qué ley sobre la prescripción de derechos. No he hecho estas tentativas siguiendo el consejo de mis amigos, sino por mi pobre Adelaida. Me ha repugnado siempre tender la mano en nombre de un dolor que quita siempre á la mujer la voz y las energías. No acepto esa valoración pecuniaria de la sangre irreparablemente derramada...

—Madre mía, esta conversación le hace á usted daño siempre.

Oyendo la cariñosa advertencia de Adelaida, inclinó su cabeza la baronesa Leseigneur de Rouville y guardó silencio.

—Caballero—dijo la joven á Hipólito,—creía yo que el trabajo de los pintores era, en general, poco ruidoso.

La pregunta sonrojó á Schinner, recordándole el alboroto que había armado á intento. Adelaida no acabó su interpe-lación; evitóle que dijera cualquier mentira inocente, levantándose al oír el rodar de un coche que se detuvo en la puerta; entró en su cuarto y apareció luego llevando dos candelabros con bujías cortadas, que encendió presurosa; sin esperar á que sonase el timbre, abrió la puerta del recibimiento, donde dejó la lámpara. El rumor de un beso dado y devuelto resonó hasta en el corazón de Hipólito. Pero la impaciencia del pobre por ver á quien trataba tan familiarmente á Adelaida no pudo satisfacerse en seguida; los recién llegados sostuvieron una conversación en voz baja con la joven, que á él le pareció inacabable. Por último se presentó la señorita de Rouville seguida de dos hombres, cuya ropa, fisonomía y figura eran toda una historia. Corriendo con los sesenta, llevaba el primero uno de esos trajes inventados, según creo, por Luis XVIII cuando

reinaba, y en que la incógnita de indumentaria fué resuelta por sastre que debería ser inmortal. Seguramente, el artista conocía el secreto de las transiciones que informó el genio de época tan voluble. ¿No constituye un mérito bien raro el saber juzgar á los contemporáneos? El traje en cuestión, que los de hoy creerían fabuloso, no era civil ni militar, y pudiera tomarse, según las ocasiones, por militar ó civil. Los pliegues levantados de las dos faldas de atrás ostentaban adornos de flor de lis bordadas, y el mismo blasón se veía en los dorados botones. Sobre los hombros, parecían esperar, dos hombreras vacías, el aditamento de las charreteras inútiles. Las dos indicaciones de la milicia tomáranse como petición falta del refrendo correspondiente. La casaca azul del viejo iba floreada con varios cintajos. Acostumbraba indudablemente á llevar en la mano el tricornio adomado con presilla de oro, pues no se veía en sus cabellos empolvados huella de la presión del sombrero. No aparentaba más de cincuenta años, y su aspecto era el de hombre robusto. Aunque descubría el carácter leal y franco de los antiguos emigrados, su rostro hablaba también de costumbres licenciosas y ligeras, de pasiones alegres, y de la perezosa indolencia que distinguió á aquellos mosqueteros tan célebres en los fastos de la galantería. Sus gestos, su porte, sus modales decían bien á las claras que no deseaba arrepentirse de su realismo, ni de su religión, ni de sus amores.

Era verdaderamente fantástica la figura que seguía á tan presuntuoso *volatinero de Luis XIV* (con este apodo calificaron los bonapartistas á los nobles restos de la monarquía); pero para pintarlo bien, fuera preciso que representase el papel principal del cuadro en que sólo figuraba secundariamente. No hay más que imaginar un personaje seco y flaco, vestido como el primero, pero siendo su reflejo, su sombra. Si el traje del uno era nuevo, el del otro, viejo, usado. El polvo de los cabellos blanqueaba menos en el segundo, y el oro de las flores de lis no era tan brillante; más recogidos y estrechos los hombros, la inteligencia más débil y más adelantada la vida hacia el término fatal. En fin, personalizaba esta frase de Rivarol hablando de Champeenetz: «Es mi claro de luna». No era más que el duplicado del otro; el duplicado pálido y pobre, pues presentaban ambos toda la diferencia que existe entre la primera y la última prueba

de litografía. El viejo, personaje mudo, empezó siendo un misterio para el pintor y no pasó de la categoría de misterio. El caballero (pues era un caballero) no habló y nadie le dirigió la palabra. ¿Se trataba de un amigo, un pariente pobre, un hombre que permanecía al lado del galante anciano como una señorita de compañía al lado de la señora vieja? ¿Ocupaba el término medio entre el perro, el loro y el amigo? ¿Había salvado la vida ó la fortuna á su bienhechor? ¿Era acaso el *Trim* de otro capitán Tobías? En todas partes, como en casa de la baronesa de Rouville excitaba la curiosidad, pero no la satisfacía nunca. ¿Quién podía acordarse durante la Restauración de los lazos que unían en la época revolucionaria á este caballero con la mujer de su amigo, que había muerto veinte años atrás?

El personaje menos ruinoso se adelantó galantemente hacia la baronesa, besóle la mano y tomó asiento á su lado. El otro saludó y fué á colocarse detrás de su tipo, á una distancia representada por dos sillas. Adelaida apoyó los codos en el respaldo del sillón que ocupaba el hidalgo, imitando, sin darse cuenta de ello, la postura en que Guérin coloca á la hermana de Didón en su célebre cuadro. La familiaridad con que trataba el viejo á la joven parecíase mucho á la de un padre, pero sus atrevimientos la molestaron, cuando menos aparentemente.

—¡Cómo! ¿te enfurruñas?—le preguntó.

En seguida dirigió á Schinner una de esas miradas malignas, disimuladas y astutas á la vez; miradas de diplomático cuya expresión descubre cierta inquietud prudente, cierta curiosidad culta de las gentes bien educadas, que se diría que preguntan cuando ven á un desconocido: «¿Es de los nuestros?»

—Nuestro vecino—dijo la anciana señalando á Hipólito.—El caballero es un pintor célebre cuyo nombre debe usted conocer, á pesar de la indiferencia con que mira las artes.

Comprendió el viejo la picardía de su amiga en la omisión del nombre, y dijo, saludándole:

—Cierto que he oído hablar de sus cuadros en el último Salón. Hay para el talento hermosos privilegios, señor—añadió contemplando la cinta encarnada del artista.—Esa distinción que nosotros conquistamos con nuestra sangre y como recompensa á largos servicios, la alcanzan ustedes en

la juventud; pero todas las glorias son iguales—añadió acariciando su cruz de San Luis.

Hipólito balbuceó algunas frases de agradecimiento y volvió á abstraerse, queriendo admirar con creciente entusiasmo la hermosa cabeza de la joven de quien estaba tan prendado. No tardó en estar tan absorto, que de su imaginación desaparecieron las huellas miserables de la estancia. Para él la cara de Adelaida destacábase de una atmósfera luminica. Respondió con breve palabra á las preguntas que se le dirigían y de que se enteró, por fortuna, gracias á cierta y notable facultad de nuestro espíritu que puede en ocasiones activar el funcionalismo del pensamiento. ¿A quién no le ha ocurrido el hecho de enfrascarse en cualquier meditación voluptuosa ó triste, estar escuchando el lenguaje de sus ideas, y seguir no obstante el curso de un coloquio ó de una lectura? ¡Grandioso dualismo que nos ayuda frecuentemente á soportar con paciencia á los fastidiosos! Fecunda en gracias, risueña, la esperanza le suministró pensamientos gozosos, y con eso se satisfizo, sin que le importara observar lo que ocurría en torno suyo. Era una criatura confiada, y á tal punto, que le pareció vergonzoso pararse en el análisis de aquella calma placentera. Pasó tiempo antes de que se fijara en que la anciana y su hija jugaban con el hidalgo. En cuanto al satélite, consecuente con su condición de sombra, manteníase de pie detrás de su amigo, preocupado con su juego y respondiendo á los mudos interrogantes del jugador por rápidas muecas afirmativas que repetían los movimientos fisonómicos del otro.

—De Halga, ¿es posible que siempre he de perder!—decía el noble.

—Baraja usted mal—respondió la baronesa de Rouville.

—Pues ya van tres meses que no puedo ganar una sola partida.

—¿Tiene el señor conde ases?

—Sí, una muestra aún.

—¿Quiere usted seguir mi consejo?—interrogó Adelaida.

—No, no, quédate enfrente de mí. ¡Ventre de corza! sería perder demasiado, uniendo á la pérdida de las cartas la de no verte delante.

Concluyó la partida. El hidalgo sacó su bolsillo, y depositando dos luises sobre el tapete, con graciosa desenvoltura, dijo:

—Cuarenta francos, justamente, como de oro que son. ¡Eh, diantre! ¡las once!

—Son las once—repitió el personaje mudo mirando al pintor.

Oyó el joven estas palabras algo más distintamente que las anteriores y pensó que era hora de retirarse. Volviendo al mundo vulgar de las ideas, dió con algunos lugares comunes para tomar la palabra, saludó á la baronesa, á su hija, á los desconocidos, y salió, sintiendo los primeros entusiasmos del amor y sin entretenerse en reflexionar acerca de todo lo que le había ocurrido durante la velada.

El deseo de ver á Adelaida fué más impetuoso al otro día. A dejarse guiar por los impulsos de su pasión, habría entrado en casa de sus vecinas á las seis de la mañana, es decir, tan pronto como llegó á su taller. Tuvo, sin embargo, bastante cordura para esperar hasta la tarde. Pero tan pronto como juzgó que no era imprudente presentarse en casa de la señora de Rouville, bajó, echó mano del timbre, no sin que tuviera que sujetarse el corazón que latía á marchas destempladas, y, sonrojándose como púdica doncella, pidió tímidamente el retrato del barón á la señorita Leseigneur, que había salido á abrir.

—¡Pero entre usted!—le dijo Adelaida, que, sin duda, le había oído bajar.

Siguióla el pintor, vergonzoso, desconcertado, sin acertar á expresarse, tan estúpido le volvía su felicidad. Ver á Adelaida, oír el roce de su vestido, después de haber deseado con tal vehemencia y durante toda la mañana hallarse junto á ella, y después de haberse dicho á cada momento: «¡Voy á bajar!» sin acompañar á la palabra la acción: conseguir eso, era para él vivir tan ricamente, que tales sensaciones acabarían por consumirle el alma si fueran mucho más intensas y durables. Tiene el corazón el singular poder de dar extraordinario valor á las más insignificantes bagatelas. ¡Qué alegría no siente el viajero en recoger una mata de hierba, una hoja rara, si ha arriesgado su vida buscándolas? Las insignificancias del amor son así. La anciana no estaba en el salón. Cuando la joven se encontró sola allí con el pintor, subióse á una silla para apoderarse del retrato; pero viendo que no podía descolgarlo sin colocar el pie sobre la cómoda, volvióse á Hipólito y le dijo, tiñéndosele de rubor la cara:

—No soy bastante alta. ¿Quiere usted cogerlo?

El pudor, de que daba fe la expresión de su fisonomía y el tono de su voz, era el verdadero motivo de aquel ruego; comprendiéndolo así el joven, acaricióla con una de esas miradas inteligentes que constituyen el más dulce lenguaje del amor. Notando que el pintor había adivinado, bajó los ojos Adelaida con ese instinto de orgullo cuyo secreto poseen las vírgenes. Torpe para recobrar el habla, casi intimidado, el pintor se apoderó del dibujo, lo examinó gravemente á la luz del día, cerca de la ventana y se fué sin decir otra cosa que: «Lo devolveré bien pronto.» Sintieron los dos en tal momento una de esas conmociones vivísimas que producen en el alma los mismos efectos que la piedra arrojada en el fondo del lago. Las ideas más dulces brotan y se suceden, indefinidas, multiplicándose sin objeto, agitando el corazón como las ondas circulares que rizan por largo tiempo la superficie partiendo del punto en que la piedra ha caído. Entró Hipólito en su taller llevando el retrato. Ya estaba colocada la tela en el caballete; cargada la paleta de colores; los pinceles limpios; escogidos el lugar y la luz. Trabajó hasta la hora de comer, con el ardor que emplean los artistas para todos sus caprichos. Volvió otra vez por la noche á casa de la baronesa de Rouville, y se estuvo desde las nueve hasta las once. Fuera de que cambiaron las conversaciones, la velada se pareció en todo á la precedente. Llegaron los dos viejos á la misma hora; jugóse la misma partida de piqué y pronunciaron las mismas frases los jugadores: hasta la suma que perdió el amigo de la señorita Leseigneur fué tan considerable como la de la víspera. La única diferencia que hubo es que, más atrevido, Hipólito se aventuró á conversar con la joven.

Transcurrieron ocho días así, durante los cuales los sentimientos del artista y los de Adelaida pasaron por las deliciosas y lentas transformaciones que arrastran á las almas á la más perfecta cordialidad. De hora en hora, la mirada con que acogía la joven á su amigo era más íntima, más risueña, más franca; su voz y sus modales más familiares y expansivos. Refan, hablaban, comunicábanse sus pensamientos, hablaban de sí propios con la ingenuidad de dos niños que acaban de conocerse y se tratan como si estuvieran viéndose por espacio de tres años. Quiso Schinner aprender el juego de la casa. Ignorante y novicio, tuvo que pagar su aprendizaje, y, como el viejo, perdió casi todas las partidas. Sin hablar de sus

amores, sabían los dos amantes que se pertenecían mutuamente. Complaciase ya Hipólito en ejercer su influjo sobre su tímida amiga. Hizole no pocas concesiones Adelaida, quien, temerosa y abnegada, sufría el engaño de los enojos fingidos que el amante menos hábil ó la doncella más sencilla inventan y que les sirve de juego inacabable, como los niños mimados abusan de la fuerza que les facilita el amor de la madre. No tardó en perderse toda familiaridad entre el conde y Adelaida. Comprendió ella las amarguras del pintor y los pensamientos que ocultaban los repliegues de su frente ó que descubría el tono brusco de las cortas palabras pronunciadas cuando el viejo besaba sin ceremonias las manos ó el cuello de la señorita. Por su parte, la Leseigneur pidió estrecha cuenta á su enamorado de sus más leves acciones; mostraba tal pesadumbre, tal inquietud cuando Hipólito no iba, sabía reñirle con tanto gracejo por sus ausencias, que tuvo que renunciar á ver á sus amigos, y acabó por no ir á ninguna parte. Mostró Adelaida celos cuando supo que, al salir de casa de la señora de Rouville, aun iba muchas veces después de las once á hacer otras visitas, ó concurría á los salones más brillantes de París. Tal género de vida, según ella, era malo para su salud; y con el acento de convicción profunda, que el gesto y la mirada del ser querido hace poderoso, pretendía que el hombre, obligado á prodigar entre varias mujeres el tiempo y las gracias de su ingenio, no puede merecer un cariño demasiado vivo. Se vió, pues, el pintor reducido, tanto por el despotismo de la pasión como por las exigencias de la amorosa joven, á no vivir más que en aquel reducido departamento donde todo le halagaba. No hubo amor más puro ni más ardiente. En uno y otro la misma fe, igual delicadeza acrecentaron el cariño, sin recurrir á los sacrificios que exigen otros para probar su afecto. Reinaba entre ambos tanta armonía y era tal el cambio de sensaciones dulces, que no sabían cuál de los dos daba ó recogía con más grande vehemencia. Una inclinación involuntaria unía sus almas, cada vez con lazos más estrechos, y de tal modo aumentaba, que dos meses después del accidente á que el pintor debía la felicidad de conocer á Adelaida, la vida del uno era la vida del otro. En cuanto oía ella por la mañana ruido de pasos sobre su cabeza, murmuraba: «Ahí está». A mediodía, antes de volver á casa de su madre, no fallaba el saludo de Hipólito á sus vecinas, y por la noche personá-

base en la habitación con puntualidad de enamorado. La amorosa más tirana y ambiciosa se hubiera visto negra para dirigirle el menor reproche. Saboreó Adelaida la dicha de amar sin desencanto alguno y con toda la grandeza de ideal apetecible á sus años. El viejo hizo menos frecuentes sus visitas, pero no fué sin que Hipólito heredase su desgracia en el juego. Sin embargo, en medio de su dicha vino á empañar el limpio cristal de su ventura un pensamiento importuno, y fué cavilando acerca de la desastrosa situación de la señora de Rouville, pues no le faltaban pruebas de sus apuros económicos. Varias veces se había preguntado, volviendo á su domicilio: «¿Cómo es posible? ¿veinte francos cada noche?» Y no se atrevía á confesarse á sí mismo que el caso era odiosamente sospechoso. Tuvo, en dos meses, listo el retrato, y cuando acabó la obra, ya barnizado y puesto en cuadro primoroso, pensó que era uno de sus mejores estudios. La señora de Rouville no había vuelto á hablarle de semejante cosa. ¿Era por indiferencia, ó por delicado miramiento? No quiso ahondar en las causas de tal silencio. Tramó jovialmente con Adelaida el colocar el retrato en su sitio, aprovechando cualquier ausencia de la anciana. Y cierto día, durante el paseo que la noble señora daba ordinariamente por las Tullerías, subió Adelaida sola y por vez primera al taller de Hipólito con el pretexto de contemplar el retrato á la luz favorable que sirvió para reproducirlo. Permaneció muda é inmóvil en reflexión deliciosa que resumía en uno solo todos sus sentimientos de mujer. ¿No se completaban en la admiración sin límites hacia el hombre amado? Inquieto él por aquel éxtasis silencioso, inclinóse para ver á la joven, y entonces le tendió ella la mano, sin poder pronunciar palabra; en cambio rodaron dos lágrimas por sus ojos. Hipólito cubrió de besos aquella mano adorada y se miraron con ansia de confesarse su cariño y sin atreverse á hablar. Pero como los dedos estaban fuertemente enlazados, un mismo movimiento y la tibia corriente que se escapaba de su piel, les indicaron que sus corazones latían al unísono y con igual vehemencia. Apartóse, en extremo conmovida, Adelaida, y le dijo, envolviéndole en una mirada llena de ingenuidad:

—¡Qué dichosa va usted á hacer á mi madre!

—¿Cómo es eso? ¿A su madre únicamente?—preguntó él.

—¡Oh, amigo mío, yo ya lo soy demasiado!

Besó el pintor la cabeza de la niña, y permaneció en actitud contemplativa, asustado de la violencia de sentimientos que la candorosa frase despertó en su corazón. Comprendiendo entonces el peligro de semejante situación, bajaron á colocar el retrato en donde se había convenido. Hipólito comió por primera vez con la baronesa, quien, no pudiendo resistir su enternecimiento y deshecha en lágrimas, quiso abrazarle. Por la noche acudió el viejo emigrado, que había sido camarada del barón: iba á notificarles que le acababan de nombrar vicealmirante, teniendo en cuenta sus viajes por Alemania y Rusia como campañas de mar. Al ver el retrato, estrechó cordialmente la mano del pintor, y dijo:

—A fe mía, aunque mi vieja anticualla no merece ser conservada, daría muy á gusto quinientas pistolas (1) por verme tan parecido como lo está mi pobre Rouville.

La baronesa miró á su amigo y sonrió dejando asomar á su rostro las señales de súbito agradecimiento. Creyó adivinar Hipólito que el viejo quería ofrecerle el pago de dos retratos concertando el suyo. Su orgullo de artista (quizás tanto como sus celos irritados) tomó á ofensa la proposición, y le hizo responder:

—Señor, si yo pintase retratos, no hubiera hecho el que ahí se vé.

Mordiése el almirante los labios y se puso á jugar. El artista permaneció cerca de Adelaida quien le propuso seis reyes de piqué. Aceptó. Jugando, jugando notó en la señora de Rouville tal celo por el juego, que no pudo evitar la sorpresa. Nunca había manifestado la baronesa tan ardientes deseos por la ganancia ni tan vivo deleite recogiendo las piezas de oro del hidalgo. Malévolas sospechas vinieron á turbarle hinchando en su imaginación la maldita desconfianza. ¿Viviría la anciana del juego? ¿No jugaba con el anhelo de atender á tal ó cual deuda ú obligada por cualquier aprieto? Era posible que no hubiese pagado su alquiler. El viejo parecía demasiado listo para dejar que se apoderasen impunemente de su dinero. ¿Qué interés le atraía á casa tan pobre, siendo él tan rico? ¿Por qué, cuando antes se mostraba excesivamente familiar con Adelaida, había renunciado á intimidades adquiridas y merecidas quizás? Estas reflexiones involuntarias le impulsaron á vigilar al viejo y á la ba-

(1) Doblón de 40 reales.

ronesa, en quienes el aire de inteligencia y ciertas miradas oblicuas, dirigidas á la señorita y á él, le desazonaron. «¿Me engañan?» fué ésta, idea horrible, aplastante, y que le pareció excesivamente martirizadora ya. Trató de quedarse, cuando se retiraron los dos viejos, para confirmar sus dudas ó disiparlas. Sacó la bolsa para pagar á Adelaida, pero turbado por sus pensamientos punzantes, la dejó sobre la mesa y cayó en vaga meditación, poco duradera. Levantóse, después, vergonzoso de su silencio, contestó á una pregunta trivial de la señora de Rouville, y se aproximó á la anciana, para escudriñar mejor, conversando, su semblante. Salió presa de angustiosa incertidumbre, y volvió, ganando otra vez los escalones bajados, para recobrar su prenda olvidada.

—Le he dejado á usted mi bolsa —dijo á la joven.

—No —respondió ella sonrojándose.

—Pues creía que estaba ahí —añadió señalando la mesa de juego.

Avergonzado por Adelaida y por la baronesa de no encontrarla, las miró con aire entontecido que las obligó á reír, palideció, y observó, tanteándose el chaleco:

—Me he equivocado; acaso la tengo yo.

En uno de los lados de la bolsa había quince luises, y en el otro moneda suelta. El robo era tan flagrante, tan descaradamente negado, que no quedó duda á Hipólito acerca de la moralidad de sus vecinas; detúvose en la escalera, bajóla con pesadumbre; sus piernas flaqueaban, sentía vértigos, tiritaba, encontrábase pesado para seguir adelante, sufriendo la terrible conmoción que le causaba el ver destruidas todas sus esperanzas de un soplo. No tardó en descubrir su memoria un tropel de observaciones, leves en apariencia, pero que corroboraban sus sospechas intolerables, y que agravando la realidad de la última acción, le abrieron los ojos más de lo que los tenía para reconocer el carácter y la vida de las dos mujeres. ¿Habían esperado, pues, la entrega del retrato para verificar el robo? Calculado así, resultaba aun más odioso. Acordóse el pintor, como colmo de males, que llevaba dos ó tres noches Adelaida de examinar con aire curioso la particular labor de la redecilla de seda, husmeando, era lo probable, el dinero contenido en su interior, y distrayéndole con burlas que, al pronto, le parecieron inofensivas, pero que se encaminaban á espiar el momento en que la suma fuera importante para sustraerla. «Acaso tenga exce-

lentes motivos el oficial para no casarse con Adelaida, y es posible que la baronesa haya procurado co...» No acabó la frase que quedó destruida con esta reflexión justísima: «Si la baronesa (pensó) esperase enlazarme á su hija, no me hubieran robado». Y en seguida probó, deseoso de no renunciar á sus ilusiones, á su amor, tan fuertemente arraigado; trató, digo, de buscar disculpas en la casualidad. «Habrá caído en tierra (pensó), habrá quedado en cualquier sillón. La llevo aquí tal vez... ¡soy tan distraído!» Registróse con rápidos y febriles movimientos... ¡todo inútil! No encontró la condenada bolsa. Implacable la memoria, seguía afirmándole en la verdad cruel. Veía distintamente su prenda puesta de manifiesto sobre la alfombra, y no dudando del robo, excusaba entonces á Adelaida, diciéndose que no se debía juzgar con ligereza á los desgraciados. Existía, sin duda, algún secreto que disculpara acción tan degradante. Se negaba á admitir que figura tan noble y grande fuera asquerosa mentira. Sin embargo, aquel cuarto miserable se le representó despojado de la poesía del amor, que lo embellece todo; lo vió sucio y marchito; considerólo como representación de una vida íntima sin nobleza, inactiva, viciosa. ¿No están nuestros sentimientos escritos, por decirlo así, en las cosas que nos rodean? Levantóse al día siguiente, sin haber dormido. El mal del corazón, grave dolencia moral, había hecho en él terribles progresos. Perder la ventura soñada, renunciar á todo un porvenir, es sufrimiento más agudo que el que ocasiona el quebranto de la felicidad gozada, por completa que haya sido. ¿No vale más la esperanza que el recuerdo? La meditación en que cae, de improviso, nuestra alma, es entonces como mar sin orillas por el cual podemos nadar breves momentos, pero donde nuestro amor se ahoga y perece. No hay muerte más horrorosa. ¿No son los sentimientos la parte más brillante de nuestra vida? De la muerte parcial se origina, para ciertos organismos, fuertes ó delicados, los imponderables estragos producidos por los desencantos, por las esperanzas y las pasiones burladas. Y así le ocurrió al pintor. Salió á primera hora, y fué á pasearse por las frescas arboledas de las Tullerías, absorto, olvidado de todo lo de este mundo. Allí encontró, casualmente, á uno de sus más íntimos, camarada de colegio y de taller, con quien había vivido en mayor cordialidad que no se vive con un hermano.

—¿Qué te ocurre, Hipólito? — le preguntó Francisco Souchet, joven escultor que acababa de obtener el gran premio y que estaba en vísperas de trasladarse á Italia.

—Soy muy desgraciado—respondió gravemente el interpelado.

—Sólo una afección del alma puede apenarte de esa manera. Dinero, gloria, consideraciones, nada te falta.

Comenzaron insensiblemente las confidencias, y el artista confesó su amor. En cuanto habló de la calle de Suresne y de la joven que habitaba el cuarto piso, exclamó jovialmente Souchet:

—Alto ahí. Es una criatura á quien voy á ver todas las mañanas á la Asunción, y á quien galanteo. Pero, querido, si todos la conocemos. Su madre es baronesa. ¿Acaso crees tú en las baronesas que habitan en cuartos pisos? ¡Brrr! Bien es verdad que tú perteneces á la edad de oro. Aquí en estos paseos no pasa día sin que veamos á la madre. Tiene una figura, un porte, que revela á las claras... ¿Cómo? ¿No has adivinado lo que es, por la manera que tiene de portarse?

Paseáronse largo rato los dos amigos, y se les reunieron varios artistas que conocían á Souchet ó á Schinner, y á quienes el primero les refirió la aventura del segundo, por creerla sin importancia.

—¡Y él también—decían—ha visto á la pequeña!

Llovieron observaciones, menudearon risas y burlas inocentes, propias de la alegría peculiar á los artistas, pero que hacían sufrir horriblemente á Hipólito. Algo así como pudor de alma le tenía incómodo entre aquellos charlatanes, viéndolo con qué ligereza se trataba el secreto de su corazón, y cómo quedaba su apasionamiento desgarrado, en girones, y cómo se sujetaba á una joven desconocida, cuya existencia parecía tan modesta, en la picota de juicios maliciosos, verdaderos ó falsos, dichos con indiferencia sin par. Por espíritu de contradicción, se mostró juicioso y pidió seriamente á cada cual las pruebas de sus afirmaciones. Lo que hizo fué dar pie para que las burlas comenzaran de nuevo.

—Pero ¿has visto, querido amigo, el chal de la baronesa? —decía Souchet.

—¿Has seguido á la pequeña cuando trota por la mañana en la Asunción?—añadía José Bridau, aprendiz del taller de Gros.

—Pues aguarda que la madre posee, entre otras virtudes, cierta ropa gris que es todo un tipo—objetó Bixiou el caricaturista.

—Escucha, Hipólito—replicó el escultor;—ven aquí á eso de las cuatro, y estudia un poco los andares de la madre y de la hija. ¡Si después dudas todavía, no se hará carrera contigo! Te creeremos capaz de casarte con la hija de tu portera.

Embargado por sentimientos contrarios, abandonó el pobre á sus amigos. Adelaida y la baronesa debían estar por encima de tales acusaciones, parecíale á él, y en lo más íntimo despertábasele remordimientos por haber sospechado de la pureza que suponía en joven tan bella y tan inocente. Acudió á su taller, pasó por delante de la puerta de su adorada y sintió en su corazón una angustia, que ningún hombre se engaña en apreciar. Amaba á la señorita de Rouville tan apasionadamente, que, á pesar del robo de la bolsa, la adoraba aún. Su amor era como el que experimentaba el caballero de Grioux admirando y purificando á su querida hasta sobre la carreta en que van á la cárcel las mujeres perdidas. «¿Por qué no la hará mi amor la más pura de todas? ¿Por qué abandonarla en la pendiente del mal y del vicio, negándome á tenderle la mano?» Esta misión le plugo. El amor se aprovecha de todo. Nada seduce tanto á un joven como desempeñar el papel del genio bueno, cerca de la mujer. Hay no sé qué romanticismo en esta empresa, que tan bien cuadra á los espíritus exaltados. ¿No es la abnegación más extendida, bajo la forma más elevada y graciosa? ¿No hay cierta grandiosidad en saber que se quiere bastante para amar allí donde el amor de los demás se apaga y sucumbe? Sentóse Hipólito en su estudio, contempló su cuadro sin poner manos en la obra, no viendo en ella las figuras sino á través de algunas lágrimas que afluían de sus ojos, siempre su brocha en la mano, adelantándose hacia el lienzo como para suavizar un tono y no tocándolo jamás. Sorprendióle la noche en esta actitud. Despertado de su ensueño por la obscuridad, bajó á la calle; encontró por la escalera al almirante y le echó una mirada sombría; saludóle y huyó. Había tenido intenciones de entrar en casa de sus vecinas, pero la presencia del protector de Adelaida le heló el corazón y dió al traste con sus propósitos. Preguntóse por centésima vez qué interés podía llevar aquel viejo de envidiable fortuna, que gozaba de cuatro mil libras de renta, á un cuarto piso en

que perdía cerca de cuarenta francos todas las noches; creyó adivinarlo. El día venidero y los siguientes se entregó al trabajo, intentando combatir su pasión por el encadenamiento de las ideas y por la fiebre de la concepción. Lo consiguió á medias. Le consoló el estudio, sin que lograra, no obstante, matar los recuerdos de tantas horas amorosas perdidas al lado de Adelaida. Cierta tarde, al dejar su taller, encontró la puerta de la habitación de las dos damas entreabierta. Había una persona de pie en el marco de la ventana. No podía pasar Hipólito sin ver á Adelaida, y la saludó fríamente, mirándola con aire de indiferencia; pero calculando los sufrimientos de la joven por los propios, sintió un estremecimiento íntimo cuando pensó en la amargura que la mirada y la frialdad de aquella debían sembrar en un pecho amante. ¡Coronar las fiestas más dulces de que hayan gozado jamás dos almas puras por un desdén de ocho días y por el desprecio más completo y profundo!... ¡Terrible desenlace! ¿No podía ser que se hubiese encontrado el bolsillo, y que cada noche le aguardase su amiga? Pensamiento tan sencillo y natural hizo sufrir nuevos remordimientos al amante; preguntóse si las pruebas de devoción que la joven le había prodigado si los encantadores coloquios llenos de amor que tanto le cautivaron no merecían por lo menos una prueba, no valían una justificación. Avergonzado de haber resistido una semana á los anhelos de su espíritu, y sintiéndose criminal por haber sostenido tal lucha, volvió aquella misma noche á casa de la señora de Rouville. Todas las sospechas, todos los pensamientos malos se desvanecieron á la vista de la joven, que había palidecido y adelgazado.

—¡Ay, Dios mío! ¿que tiene usted?—le dijo después de haber saludado á la baronesa.

Adelaida no respondió, pero miróle con mirada llena de melancolía, mirada triste, abatida, que le hizo daño.

—Ha trabajado usted mucho, sin duda—añadió la anciana.—Le encuentro muy cambiado. Nosotras tenemos la culpa de esa reclusión. El retrato habrá hecho retrasar algunos cuadros importantes para su buen nombre.

Dióse por feliz Hipólito apoderándose de tan buena coyuntura como se le presentaba para excusar su descortesía.

—Sí—dijo,—muy ocupado... pero yo he sufrido...

Adelaida levantó la cabeza, miró á su amante, y sus ojos inquietos nada le reprocharon ya.

—¿Luego nos ha supuesto usted indiferentes á lo que puede ocurrirle feliz ó desgraciado?—continuó la baronesa.

—No he tenido razón. Se trata, sin embargo, de una de esas penas que no es posible confiar á cualquiera, ni á un cariño menos reciente que el afecto con que ustedes me honran...

—La sinceridad, la intensidad del afecto no deben valorarse por horas. He visto amigos viejos que no han derramado una sola lágrima por la desgracia que hería á sus compañeros—aseguró la de Rouville meneando tristemente la cabeza.

—Pero ¿qué tiene usted?—inquirió de nuevo el joven dirigiéndose á la doncella.

—¡Oh, nada!—respondió la baronesa.—Adelaida ha perdido algunas noches acabando una labor suya, sin hacer caso de que se le dijera que tanto daba un día abajo ó arriba...

Hipólito no atendía ya. Abochornábale el pensar que pudiera haber sospechado de aquellos dos seres tan nobles y sosegados, y atribuía la pérdida de su bolsa á la casualidad. La velada fué deliciosa para él, y acaso también para ella. ¡Hay secretos que los espíritus juveniles comprenden tan fácilmente! Adelaida descubría lo que pensaba Hipólito, y éste reconocía sus culpas, aunque sin confesarlas, y volvía al regazo de su dueña, más amante y más afectuoso, pretendiendo comprar con sus excesos de ternura el perdón tácito de sus faltas. La señorita de Rouville saboreaba tales goces y tan dulces, que no le parecían recompensados con toda la infelicidad que hirió desapiadadamente su alma. La reconciliación sincera de sus corazones, la cordialidad que extendía sobre ellos su mágico influjo, los vino á turbar de repente una sola frase de la baronesa.

—¿Jugamos nuestra partida?—preguntó.—Mi viejo Kergarouët extrema su rigor conmigo.

Despertáronse los temores todos del pintor, quien se turbó mirando á la madre de Adelaida; pero no descubrió en su rostro más que la expresión de natural bondad, sin la cería, sin segundas que destruyeran el encanto; su delicadeza no se acercaba por esta vez á la perfidia; el ademán picaresco parecía dulce, y ninguna señal de remordimiento alteraba la calma en las facciones. Adelaida quiso unir su suerte á la de Hipólito, pretextando que era torpe en el piqué y necesitaba socorro. Cruzáronse entre las damas sig-

nos de inteligencia durante la partida, que llenaron de inquietud al joven, tanto más cuanto que él ganaba; pero á la postre, un golpe decisivo convirtió á los dos amantes en deudores de la baronesa. Retiró él las manos de la mesa para buscar dinero en el bolsillo del pantalón, y vió entonces una bolsa que Adelaida le había puesto mañosamente y sin que él lo notase; la pobre niña aparentaba buscar por fórmula en la antigua, en la que había desaparecido, dinero con que pagar á su madre. Refluyó toda la sangre de sus venas al corazón tan violentamente, que Hipólito creyó perder el conocimiento. La bolsa nueva que sustituía á la suya y que conservaba sus quince luises, estaba bordada con adornos de oro. Los pasadores, los bolsillitos ó monederos, todo revelaba el buen gusto de la señorita de Rouville, que indudablemente había agotado sus ahorros en adornar labor tan primorosa. Era imposible dar á entender de otra manera más fina y delicada que el regalo del pintor sólo podía recompensarse así, con testimonio de ternura. Cuando convirtió la mirada, radiante de dicha, á las dos mujeres, las vió trémulas de placer y gozosas de la sorpresa que había causado su adorable intención. Vióse él pequeño, mezquino, estúpido; querría poderse castigar, destrozándose el pecho. Sintió que se le humedecían los ojos, y se levantó siguiendo un impulso irresistible, cogió á Adelaida en sus brazos y la estrechó fuertemente contra su corazón, robóle un beso, y al fin, con su buena fe de artista, balbuceó mirando á la baronesa:

—Se la pido á usted para esposa.

Adelaida miró al pintor con ojos de suave enfado, y la señora de Rouville, algo admirada de tales vehemencias, meditaba la contestación, cuando un campanillazo vino á turbar la patética escena. Apareció el vicealmirante, seguido de su sombra y de la señora Schinner. Adivinando la causa de los pesares que su hijo procuraba inútilmente ocultarle, la madre de Hipólito pidió informes á varios amigos suyos acerca de Adelaida. Justamente alarmada por las calumnias que caían sobre la triste criatura, sin que tuviera de ello noticia el conde de Kergarouët, cuyo nombre le dijo la portera, fué á contar el caso al vicealmirante, quien, volado por la cólera, «quería, afirmaba él, cortar las orejas á aquellos pícaros». En el colmo de su furor, el almirante reveló á la dama el secreto de las voluntarias pérdidas que sufría en el juego,

pues la dignidad de la baronesa no le permitía otro medio más ingenioso para socorrerla.

Cuando la señora Schinner saludó á la señora de Rouville, ésta, dirigiéndose al conde de Kergarouët, al caballero del Halga, amigo viejo de la difunta condesa de Kergarouët, á Hipólito, á su hija Adelaida, exclamó con toda la gracia de su corazón ingenuo:

—Parece que estamos en familia esta noche.

París, mayo 1832.

LA VENDETTA

DEDICADO A PUTTINATI

ESCUULTOR MILANÉS

A fines de octubre de 1800, detúvose frente á las Tullerías de París cierto extranjero, junto con su mujer y una niña de pocos años; permaneció largo tiempo cerca de los escombros de la casa que acababan de demoler en el sitio donde se levanta hoy el ala que debía unir el castillo de Catalina de Médicis con el Louvre de los Valois. De pie, con los brazos cruzados, con la cabeza inclinada por el peso de la meditación, solía levantar de cuando en cuando los ojos para mirar furtivamente al palacio consular y á su mujer, que se había sentado, á pocos pasos, sobre una piedra. No perdía ella ninguna de las miradas de su compañero, aunque pareciese distraída jugueteando con los cabellos negros de la criatura que la acompañaba y que frisaría entre los nueve y los diez. Otro sentimiento, á más del amor, unía á los dos seres aquellos, comunicando la misma inquietud á sus movimientos y á sus ideas. Quizás no existe lazo tan poderoso como el que ata la miseria. Era, la del extranjero, una de esas cabezas abundantes en cabellos largos, como los que caracterizan las figuras severas, que el pincel de los Carraches ha reproducido frecuentemente. Estos cabellos tan negros estaban mezclados con otros cuya blancura em-